

# LAS TRES TENTACIONES DE ALEMANIA

«Hay una Alemania que se transforma y cuyas ambiciones no sabemos qué derroteros tomarán». Desde hace dos meses, Georges Pompidou no deja de rumiar estas palabras pronunciadas por De Gaulle hace ocho años. Todo comenzó el jueves 21 de junio en el castillo de Gynnich, cerca de Bonn, con la entrevista entre Pompidou y el canciller germano. Es el décimo aniversario del tratado de amistad franco-alemana. Es también el día de la entrada en vigor del tratado fundamental entre Bonn y Berlín Este, coronamiento de la Ostpolitik. Brandt no cabe en sí de gozo. La aduladora visita que acaba de hacerle Brejnev consagra el nuevo estatuto de la República Federal: el de un invitado a la mesa de las grandes potencias.

Pompidou vuelve de Reykjavik malhumorado, medio enfermo y totalmente insatisfecho de su reunión con Nixon. Algo decisivo pasa entonces entre el canciller alemán y el presidente galo. Son dos problemas que afectan de modo particular a los franceses: la defensa y el Mercado Común agrícola. En relación con el primero de ellos, el ministro francés de Asuntos Exteriores, Michel Jobert, ha lanzado dos días antes un dramático llamamiento ante la Asamblea Nacional: es preciso reforzar el «carácter propio» de la defensa de Europa. Se aguarda con impaciencia la respuesta alemana. Esta es clara y precisa: no hay razón alguna para considerar la defensa de Europa fuera del marco del «Eurogrupo», es decir, al margen de la OTAN. Sin embargo, Francia no forma parte de la OTAN. «Que se adhiera a la organización si quiere hablar con nosotros de la defensa de Europa», sugieren los alemanes.

Segundo punto: la construcción europea. Si no se dan pasos decisivos en los próximos meses —se apunta en Bonn— habrá que reconsiderar toda la política europea. Pompidou se muestra de acuerdo: es preciso tomar alguna medida antes de que termine el año. Pero al mismo tiempo hay algo que ha sorprendido al presidente francés. Nunca desde el final de la guerra ha hablado un alemán con tanto aplomo en presencia de un jefe de Estado francés. De pronto, Pompidou tiene la sensación de que se ha invertido la relación de fuerzas. Se ha producido la ruptura con una

determinada mitología de las relaciones franco-alemanas. Pompidou tiene delante al representante de la primera potencia industrial y comercial de Europa. ¿No es Alemania la que se aprovecha ahora de esa «modificación de las estructuras de la política internacional de

ciamiento de Alemania con respecto a Europa».

En Bonn, donde la mayoría de los ministros están aún de vacaciones, se siguen con evidente regocijo todas estas declaraciones del gobierno y la oposición del país vecino. Evidentemente, «la gran



El espíritu de amistad franco-alemana de años recientes parece trocarse poco a poco en mutuo recelo. En la foto, Pompidou conversa con el ministro de Asuntos Exteriores germano Walter Scheel, mientras que el canciller Brandt departe con el entonces primer ministro francés, Chaban-Delemas.

la posguerra» de la que acaba de hablar el americano Kissinger? ¿Y no lo hace acaso en detrimento de su vecina Francia?

Pero no es ya Pompidou el único que se hace esa pregunta. El 12 de julio, en una conferencia de prensa, François Mitterrand pone a su vez en tela de juicio el apego de ciertos países miembros a la Comunidad europea. Ya antes, en un editorial de «l'Unité», Mitterrand había constatado: «Alemania crece a medida que se achica Europa». Por su parte, Edgar Faure, recién llegado de Moscú, aborda fríamente el problema y se pregunta: después de todo, ¿en qué nos puede perjudicar una Alemania neutral? El infatigable Chirac, ministro de Agricultura, a quien algunos consideran como el portavoz del Elíseo, recibe entonces el encargo de lanzar una ofensiva antialemana en pleno mes de agosto. Chirac se lamenta públicamente del «distan-

nación» —como se califica al otro lado del Rin a la Francia gaullista— pierde terreno ante las nuevas realidades internacionales. En el Elíseo, sin embargo, se formulan dos acusaciones precisas:

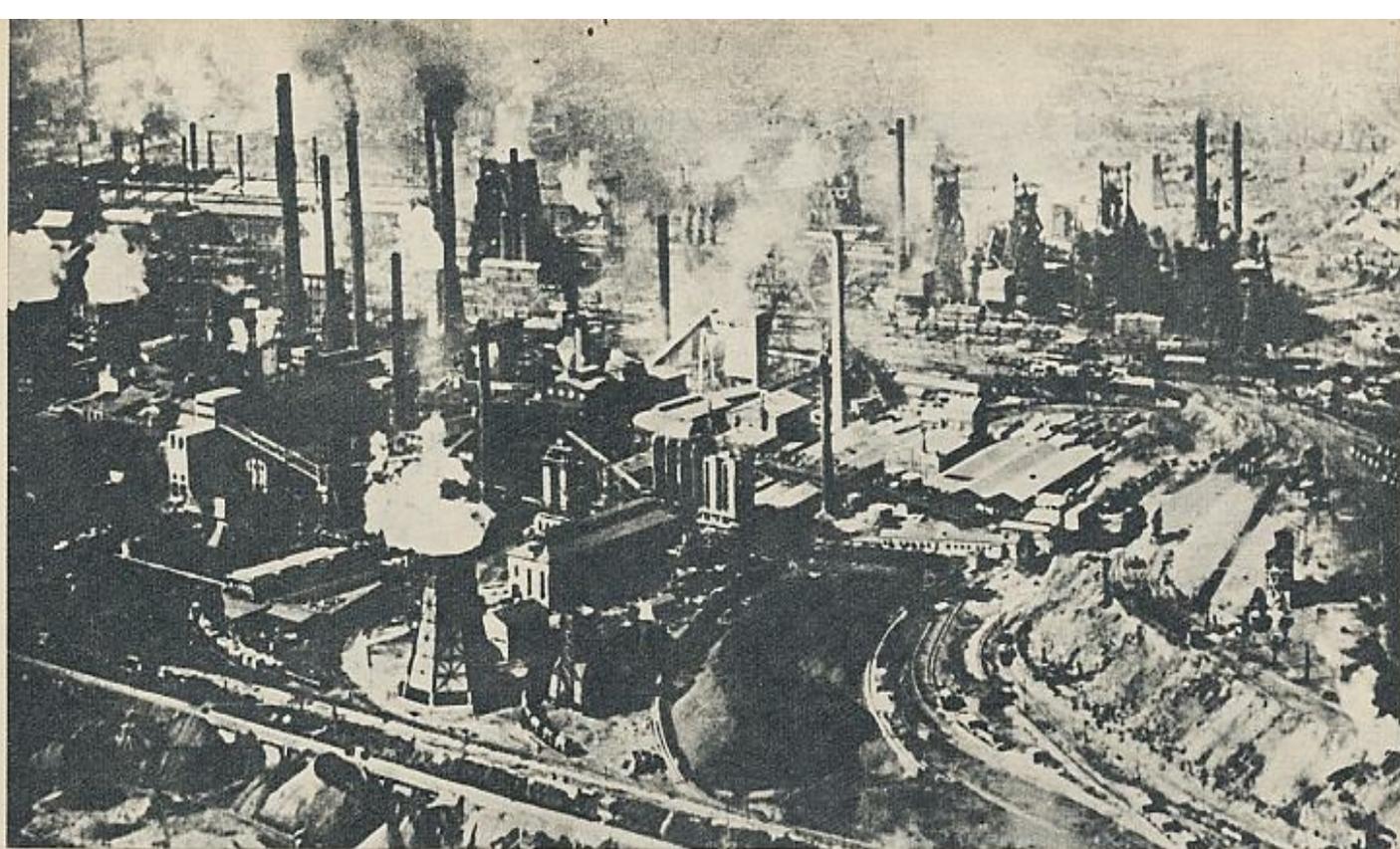
1. Alemania quiere enterrar al Mercado Común agrícola, «cimiento de la unidad europea», según Michel Jobert.

2. La Ostpolitik de Willy Brandt corre el peligro de transformarse en una asociación con la Unión Soviética, lo cual puede traer consigo la «finlandización» de toda Europa.

¿Qué hay de verdad en todo esto? Los alemanes desean reforzar el Mercado Común agrícola. Y no son los únicos. Los británicos están preparando ya sus «dossiers» para cuando la Comunidad vuelva a abrir sus sesiones. La propia Comisión de Bruselas está ocupada en elaborar una serie de propuestas destinadas a flexibilizar el sistema ac-

tualmente en funcionamiento. El famoso documento preparado por los expertos de Bonn a instancias del ministro de Agricultura, Joseph Erit, persigue también objetivos similares.

Tras este debate de circunstancias en torno a la Europa verde late un problema mucho más profundo. Alemania ha pasado a ser la cuarta potencia industrial del planeta. En los mercados mundiales ocupa el segundo lugar, inmediatamente detrás de los Estados Unidos. Sus exportaciones representan el doble de las ventas francesas. Su PNB supera ya en 55 mil millones de dólares al francés. En 1985 su peso económico será solo ligeramente inferior al de Gran Bretaña y Francia reunidas. Las empresas germanas se extienden por todo el globo. En América Latina, en África, en Asia e incluso en los Estados Unidos surgen continuamente



Gracias a su potente industria, el peso económico de Alemania será en 1985 sólo ligeramente inferior al de Gran Bretaña y Francia reunidas. En la foto, una importante acería de Dortmund, en plena cuenca del Ruhr.

## DE LAS TRES TENTACIONES DE ALEMANIA (EUROPA, LOS ESTADOS UNIDOS Y LA APROXIMACION A LA U.R.S.S.), POMPIDOU, LO MISMO QUE MITTERRAND, TEME QUE EL SOCIALISTA BRANDT OPTE UN DIA POR LA TERCERA.

nitarias». La irritación se convierte a veces en rencor. Un antiguo ministro de Finanzas de Bonn recuerda la «altivez» con que algunos ministros franceses solían imponer sus puntos de vista: «Nos tomaban por niños de pantalón corto. Había veces que me daban ganas de levantarme y salir de la sala dando un portazo».

¿Son todas estas razones suficientes para provocar en el Eliseo el «miedo a Alemania»? De hecho, no se trata única y exclusivamente de los sentimientos de Bonn respecto de la construcción europea. Las sospechas del Eliseo van mucho más lejos y que se sitúan en la perspectiva de una eventual inversión de alianzas.

Pompidou había ya aguzado el oído cuando, hace un año, Brandt declaró en Harvard: «Si los Estados Unidos se desentendiesen de Europa se anularía lo que constituye la base de nuestra paz». Más claro: «Si un día nos faltase la protección americana, buscaríamos una solución de recambio».

En los últimos meses se han precipitado los acontecimientos. Nixon y Brejnev firmaron el 22 de junio en Washington un acuerdo sobre la prevención de la guerra nuclear. Los alemanes comprendieron inmediatamente que la garantía nuclear automática sobre la que se había fundado su seguridad hasta aquel momento había dejado de existir. Mientras tanto, soviéticos y americanos quedan citados para el 30 de octubre en Viena. En la capital austriaca se va a discutir de la reducción mutua de las fuerzas en Europa. Los alemanes observan

con sorpresa que ya no se habla de una reducción mutua y equilibrada de las fuerzas. Ahora bien, todo el mundo sabe que una simple reducción proporcional sólo puede agravar el desequilibrio militar que existe en Europa en beneficio del Pacto de Varsovia.

Washington ha hecho, pues, caso omiso de la principal condición planteada por los europeos con vistas a la apertura de negociaciones. París, que se había opuesto desde el primer momento a la celebración de tales negociaciones, ve confirmados sus temores. Así se comprende el por qué James Schlesinger, secretario de Defensa norteamericano, sorprendió tanto a los expertos europeos a comienzos de junio cuando les comunicó los cálculos norteamericanos del nivel de las fuerzas soviéticas. Las cifras presentadas por Schlesinger eran inferiores en 35 divisiones a las comunicadas por los expertos de la OTAN. «Para hacer tragar a los europeos la píldora del acuerdo soviético-americano Washington se esfuerza por todos los medios en minimizar el potencial soviético, cuando la verdad es que éste no ha dejado de crecer en el transcurso de los últimos años», precisa un funcionario de la Organización Atlántica.

La perspectiva del «condominio de las superpotencias» evocada a raíz del encuentro Nixon-Brejnev se perfila cada vez con mayor precisión. Soviéticos y americanos han decidido convertirse en policías del orden mundial reforzando mutuamente sus economías complementarias. La URSS proporciona las

materias primas y la energía; América, por su parte, aporta los créditos y los medios técnicos que elevarán a la URSS al nivel industrial moderno: un mercado de doscientos millones de consumidores para los productos norteamericanos. Ya en el curso del pasado año el comercio americano-soviético se ha triplicado. Tres mil hombres de negocios americanos han viajado a Moscú para explorar las posibilidades de contratos. Después del Chase Manhattan, otros seis Bancos de allende el Atlántico se disponen a abrir sucursales en la URSS.

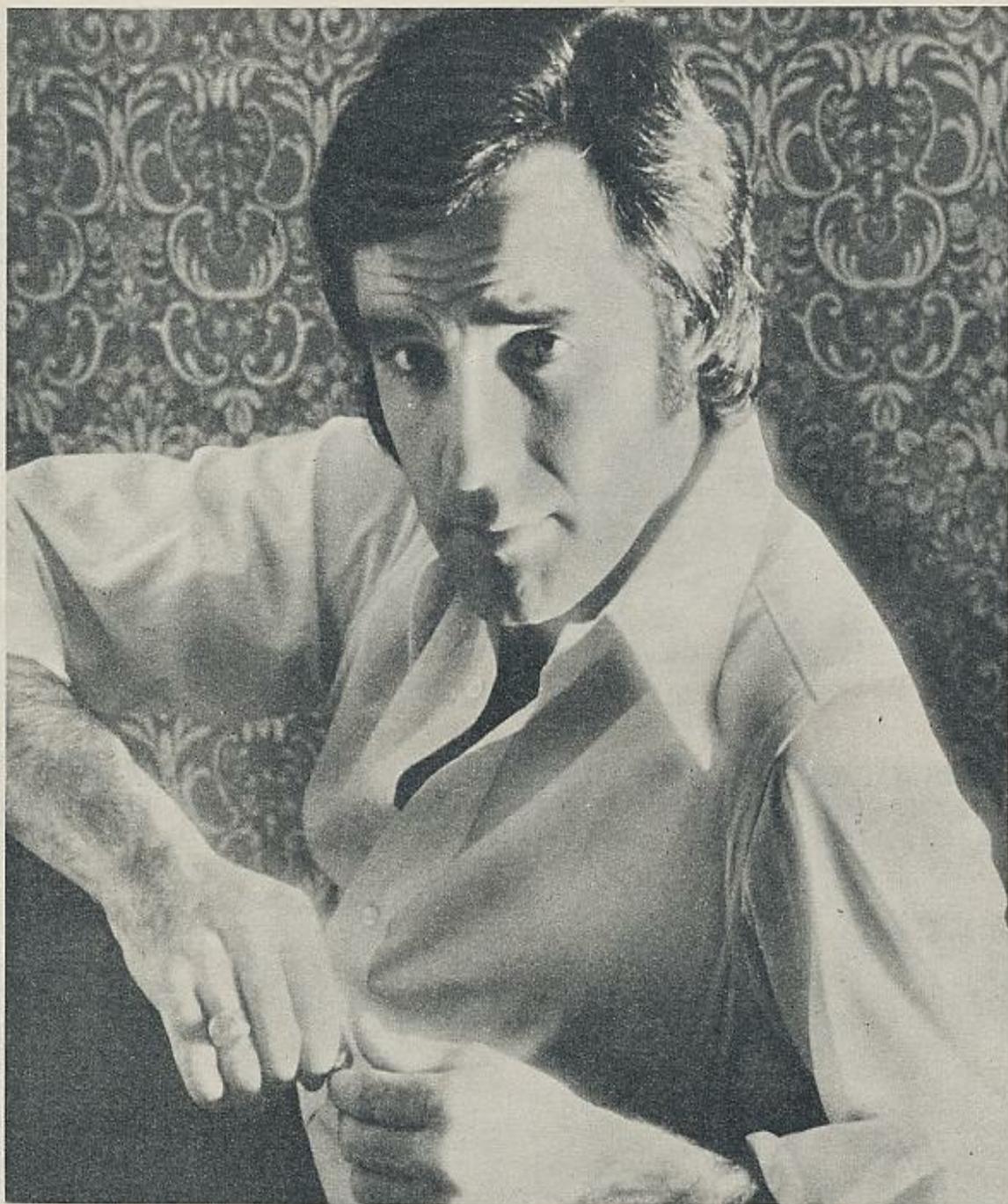
El acuerdo entre las dos superpotencias afecta especialmente a los países de Europa Occidental. El análisis de París no puede ser más alarmante: veintiocho años después de acabada la guerra se vuelve a plantear el problema alemán. Walter Scheel, ministro alemán de Asuntos Exteriores, y George Leber, ministro de Defensa, acuden uno tras otro a Washington. Nixon y Schlesinger les prodigan seguridades: continuará la protección americana. Pero los alemanes saben que a la larga su seguridad está en juego. Al contrario de los franceses, ellos no creen en la posibilidad de una «solución europea». Las fuerzas nucleares francesa y británica, aunque un día pudiesen estar bajo un mando único, no representan para ellos garantía suficiente. «Están tecnológicamente superadas», comenta Walter Scheel. ¿Una posible participación alemana? Descartada: Moscú se opone rotundamente. Brandt no puede hacer nada que represente un obs-

táculo para su recién inaugurada apertura al Este. «Una fuerza atómica europea aumentaría la desconfianza hacia los países europeos», declara su consejero Egon Bahr, principal artífice de la reconciliación con el Este.

En el plano de la seguridad, Alemania va, pues, a la deriva. ¿Hacia dónde acabará dirigiéndose? Hacia el Este, dicen en París; sus intereses económicos y la esperanza de una posible reunificación la arrastran en esa dirección. ¿Quién de entre los europeos tiene poder suficiente para disputarles el mercado soviético a los americanos, ayudar a la URSS a sacar a flote su economía, ofrecer a Moscú créditos a largo plazo y abastecer a los rusos de bienes de equipo industriales? Alemania Occidental, que por esa razón se convierte en árbitro de la situación.

Cuando De Gaulle animó a Bonn para que se reconciliara con el Este, pensó que tal aproximación podría realizarse bajo la égida de Francia. Para París, la apertura de Brandt al Este representaba el reconocimiento definitivo de la división alemana. Los responsables franceses se dan hoy cuenta de que la Ostpolitik no es más que un primer paso. La historia del Reich alemán todavía no ha acabado. El juicio pronunciado el 31 de julio por el Tribunal Supremo de Karlsruhe en torno a la constitucionalidad del tratado fundamental entre Bonn y Berlín Este puede servir para recordárnoslo.

¿No es acaso natural la aproximación al Este de Bonn? Los alemanes experimentan, con mucha mayor in-



**MANTENGA SU ASPECTO VARONIL**  
 la salud de sus cabellos exige hair tonic floïd

**BLUE**  
 etiqueta azul para  
 cabellos blancos



**HAIR TONIC**  
 etiqueta verde  
 normal



**FIX**  
 etiqueta encarnada,  
 normal con fijador



Con su uso habitual, mantendrá sus cabellos sanos  
 y sin caspa, activará su crecimiento y aumentará  
 sus naturales atractivos

La loción capilar con un perfume señorial

HAUGROQUINA  
**Floïd**  
 HAIR TONIC

HAUGRON CIENTIFICAL, S. A. New York / London / Paris / Barcelona

## LAS TRES TENTACIONES DE ALEMANIA

tensidad que los demás países de la Europa Occidental, el sentimiento de «proximidad» de los pueblos del Este. Alemania tiene cientos de kilómetros de fronteras comunes con el campo socialista. Diecisiete millones de los suyos viven en un Estado constituido dentro de dicho campo. Importantes minorías alemanas —entre dos y tres millones de personas— viven en los otros países del Este. Históricamente, lo que les resulta aberrante no es la aproximación actual, sino la división de hace veinticinco años. Los lazos económicos y culturales forjados entre Alemania y los otros países de Europa Central y Oriental no han llegado nunca a romperse totalmente.

Los industriales alemanes occidentales que viajan hoy a Praga, Varsovia e incluso Moscú se encuentran con interlocutores que hablan su idioma y están convencidos de antemano de su competencia industrial. Los alemanes orientales han mantenido encendida la llama de la reputación de las técnicas germanas de antes de Hitler. ¿Será preciso recordar que fueron instructores alemanes quienes formaron el ejército soviético después de 1918? ¿O que millares de ingenieros y técnicos alemanes participaron en la reconstrucción de la economía soviética después de la guerra civil? Son muchas las familias alemanas, separadas por la línea de demarcación, que se reúnen anualmente en Bulgaria, Rumanía, o Hungría para pasar las vacaciones juntas.

Es cierto que los alemanes no creen ya en la reunificación como en un cuento de hadas, con flores, fanfarrias y abrazos en la puerta de Brandeburgo. Tal es el sentimiento que traducen los sondeos: según éstos, menos del 9 por 100 de los alemanes esperan ver reunificada a Alemania.

Pero está, por otro lado, el peso de la historia y las realidades internacionales: la división de Alemania no estaba inscrita en los acuerdos de 1945, sino que se produjo, casi por accidente, durante la guerra fría. Fue en 1954 —es decir, hace menos de veinte años— cuando, a raíz de la decisión de Alemania Occidental de rearmarse en el seno de la Alianza Atlántica, la división se volvió «provisionalmente irreversible». Los soviéticos trataron de evitarla hasta el último momento, llegando incluso a ofrecer la reunificación, acompañada de una neutralidad armada.

Las divergencias que pueden existir en Bonn en torno a la oportunidad de una mayor integración con Occidente no datan de hoy. Durante el período que precedió a la «opción atlántica» de Adenauer, los socialdemócratas luchaban contra una evolución que iba a hacer imposible la reunificación.

Desde entonces ha gravitado sobre Bonn —independientemente de los partidos políticos— la idea de una neutralización de la Europa central con vistas a facilitar la reunificación. En 1966, uno de los dirigentes de la CDU, Rainer Barzel,

expone en Nueva York un plan que permitiría la reunificación de ambas Alemanias. Poco tiempo después, Herbert Wehner, mentor de la socialdemocracia, lanza un proyecto de confederación económica. Más recientemente, en 1969, Egon Bahr, íntimo colaborador de Brandt, presenta el borrador de un proyecto tendiente a crear en el centro de Europa una zona neutral que reagruparía, además de los dos Estados alemanes, a Holanda, Bélgica, Dinamarca y, en el Este, Polonia, Checoslovaquia y Hungría.

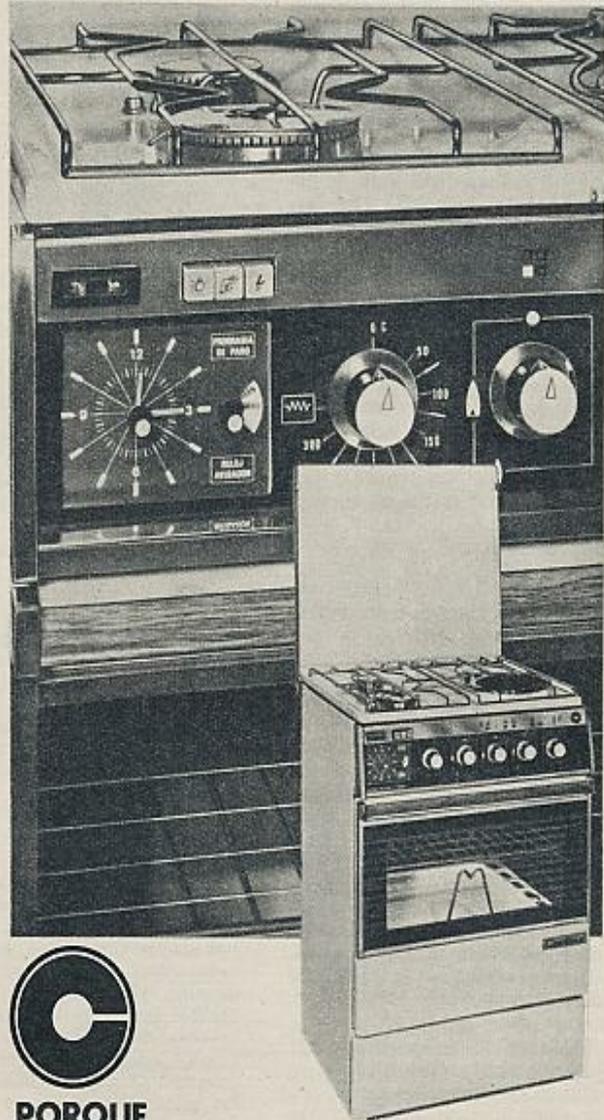
Más, ante todo, había que dejar de reivindicar para Bonn la exclusiva de representación de Alemania, admitir la existencia de un segundo Estado alemán, reconocer las fronteras de Polonia y la pérdida de los territorios orientales anexionados por los soviéticos.

Desde hace un año, todo eso es cosa hecha. Se han cumplido las condiciones de una aproximación al Este. Mas, ¿ha tomado ya Bonn una decisión al respecto?

En Bonn las críticas francesas se consideran parte de una ofensiva general contra la política del canciller. Brandt se enfada cuando, a mediados de agosto, regresa de vacaciones. No le gusta nada el «chantaje afectivo» de París ni la evocación de viejos demonios —el miedo a Alemania— a orillas del Sena. Rudiger von Wechmar, portavoz de Brandt, se contenta con recordar el «leitmotiv» de todas las declaraciones del canciller: la política de apertura al Este es inseparable de un fortalecimiento de la cohesión de la alianza occidental. Se trata de una posición bastante frágil: el progreso de la Ostpolitik, el estrechamiento de las relaciones con la Unión Soviética y, sobre todo, la aproximación a Alemania Oriental son difícilmente compatibles con una mayor integración de Alemania Federal en la Europa Occidental. Brandt ha reconocido indirectamente esta contradicción al declarar a propósito de la Alianza Atlántica: «No aceptaré nada que pueda constituir un obstáculo para la política con el Este de la República Federal». ¿Qué puede obstaculizar esa política? Todo lo que no sea del agrado de Moscú.

¿No es eso ya un comienzo de «finlandización»? Ningún alemán ha podido responder hasta ahora a esa pregunta. Es verdad que el gobierno francés nada contesta cuando los alemanes preguntan: «¿Qué propuestas tenéis que hacernos?». «Los franceses denuncian la debilidad de Europa frente a los supergrandes, pero impiden todo progreso de integración europea. A veces nos tachan de pro-americanos, cuando ellos son los primeros en insistir en el mantenimiento de los G. I.'s en Europa; otras veces nos acusan de «flirtear» con el Este, cuando han sido ellos quienes nos han animado a reconciliarnos con Moscú». Tal vez tenga razón ese diplomático de Bonn cuando nos dice: «Ser pesimista es una cosa. Tener una política es algo muy distinto». ¿Tiene Francia una política? ■ FRANÇOIS SCHLOSSER.

# ¿POR QUE UNA COCINA Corbero TRABAJA MEJOR?



## PORQUE

- Usted no precisará cerillas; tiene encendido electrónico.
- No deberá vigilar la cocción, tiene programador de tiempo.
- Puede despreocuparse: el avisador no se distrae, llamará su atención en el momento preciso.
- El horno es grande, grande, suficientemente grande, con iluminación interior panorámica.
- Dispondrá de la temperatura conveniente; tiene termostato regulador.
- Su cocción es uniforme: tiene parrill-ast en el horno.
- El horno ni se ensucia, dispone de autolimpieza catalítica.
- Sus dispositivos de seguridad total, previenen los fallos de gas o apagado de las llamas.

desde luego  
**Corbero**  
 LA MARCA DE PRESTIGIO  
 COCINAS · FRIGORIFICOS · CALENTADORES